

# EFECTOS SOCIALES DE LA CRISIS

*El que la hace no la paga*

▣ **PACO ZUGASTI**

Sindicalista. CGT, Málaga

La cosa viene de lejos, el capitalismo es así y estas son sus consecuencias. Lo de la crisis no es nada nuevo. No es cosa de este año ni del pasado. Se ha producido una agudización de la crisis con el estallido de la burbuja financiera que, junto al tsunami inmobiliario y al agotamiento de la despensa de recursos naturales del planeta, parecen augurar el fin del sistema. Pero a mí me parece que sólo lo parece.

La crisis que preocupa al poder es la crisis financiera, porque pone en evidencia sus propias vergüenzas y puede dar al traste con la falsa imagen de un sistema que se proclama único posible e insustituible. Pero la crisis social, la que afecta al conjunto de los trabajadores, tanto más cuanto más pobres, la venimos padeciendo desde hace ya muchos años, prácticamente desde que el capitalismo fue extendiendo sus tentáculos por el mundo. La lucha organizada de las víctimas del sistema y la amenaza de otro sistema alternativo posible, puso freno a la ambición sin límites que caracteriza al modo de vida capitalista, pero lo hizo durante un tiempo limitado y sólo en el entorno privilegiado occidental. Pronto se empezó a cuestionar ese gran pacto social que constituyó el estado del bienestar y que en España apenas pudimos empezar a paladear.

A partir de entonces la evolución regresiva de las condiciones sociolaborales ha sido una constante en la que han tenido mucho que ver el entreguismo del sindicalismo hegemónico y la sumisión a los intereses del capital de los sucesivos gobiernos, de derechas o de «izquierdas», mera semántica por lo general.

La aproximación a un escenario cercano en el tiempo y en el espacio, como es la crisis de 1992-93 en España, sus efectos sociales y el contraste con la situación actual,



estimo que pueden ayudarnos a comprender mejor la que ahora está cayendo<sup>1</sup>.

La frontera entre tener o no un puesto de trabajo es tanto como tener o no garantizada la subsistencia, de ahí que coloquemos el paro en primer término de nuestro repaso a la evolución de la situación social. Si en 1994 el paro había alcanzado al 24% de la población activa, desde entonces inició un progresivo descenso hasta quedarse en un tercio del mismo (el 8,3% de la p.a. en el año 2007). Este porcentaje prácticamente se ha duplicado en el 2008 (13,91%) y llega al 17,92% en el primer semestre de 2009, más de cuatro millones de personas están actualmente en el desempleo y más de un millón de hogares tienen a todos sus miembros en paro.

Cuantas medidas se han tomado para disminuir el desempleo no han servido de nada pues volvemos a estar donde estábamos y vamos camino de estar peor. Aunque para hacer honor a toda la verdad hay que decir que las medidas adoptadas por los sucesivos gobiernos, directamente o escenificando pactos con la patronal y la representación sindical homologada por el poder, sí que han servido. En primer lugar han servido para incrementar las tasas de beneficio empresarial a costa de reducir salarios y mantener en el raquitismo los recursos destinados a protección social; y han servido también, qué duda cabe, para sostener una burocracia sindical dócil y útil a los intereses del capital.

La desigualdad en el reparto de la riqueza en España ha crecido considerablemente en los últimos años. Si desigual es la distribución de la renta (la renta media del 10% de los hogares con más ingresos es 3 veces mayor que el 50% de los hogares con menos ingresos), mucho

1. Los datos del periodo 1994-2006 están tomados del Barómetro Social de España, del Colectivo IOE.

más lo es la distribución del patrimonio, éste mucho más significativo que la renta porque mide la riqueza consolidada (el patrimonio medio del 10% de los hogares más ricos es 16 veces el del 50% de los más pobres).<sup>2</sup> Así pues, cuando los políticos profesionales se refieren a los problemas de las familias sin distinción, para aparentar que les preocupa la cuestión social, están hurtando deliberadamente una realidad social terriblemente dispar y en nada equiparable.

La lucha contra el desempleo ha sido, durante estos años atrás, y ahora lo es más, la gran excusa para proceder, de un modo constante y sistemático, a una merma considerable de derechos sociales y laborales, además de las correspondientes reducciones salariales.

Las grandes facilidades para el despido, individual y colectivo, y la alta tasa de temporalidad (un 35% de la p.a., 7 millones de personas) y de rotación laboral (más de la mitad de los contratos temporales tienen una duración inferior a un mes), son las principales medidas que mantienen cautiva a la clase trabajadora y la incapacitan para dar una respuesta adecuada a la situación actual. Son precisamente los trabajadores con contrato temporal los más vulnerables cuando la situación empeora; de hecho la tasa de temporalidad ha descendido en 7 puntos en el último año por la gran cantidad de despidos encubiertos que ha habido con la no renovación de contratos.

En el periodo que va desde la anterior crisis al comienzo de la presente, los salarios, en conjunto, pierden poder adquisitivo (un -4,2 %) y los más jóvenes ganan bastante menos que los mayores (lo que augura un porvenir de retribuciones salariales mucho más bajas). Esta situación está ahora mucho más agudizada pues sólo en el primer trimestre de este año se registra una bajada de 2,7 puntos. Particularmente indignante es la reducción

salarial habida en este tiempo del Salario Mínimo Interprofesional que es el salario de los más pobres (un 30 % de los trabajadores).

El contrato de trabajo, que se supone es el mecanismo legal que garantiza unos derechos mínimos a los trabajadores y un respeto a la norma que regula las relaciones laborales para evitar que se imponga la ley de la selva en las mismas, ha ido perdiendo valor normativo tras las sucesivas reformas laborales que permiten cada vez más arbitrariedad en las condiciones de contratación. Hacer contratos temporales para puestos de trabajo fijos, legalizar el prestamismo laboral a través de las empresas de trabajo temporal o, el último invento, legalizar el fraude de considerar autónomos a trabajadores que en verdad tienen una relación laboral dependiente de un solo patrono.

En cuanto a la negociación colectiva —que es la otra forma de regular las condiciones de contratación, y que debería dar resultados mucho más ventajosos para los trabajadores, pues se realiza en un contexto en que ya no está solo el trabajador frente al empresario—, se ha convertido en una farsa en la mayor parte de los casos. Los convenios actuales son como el mundo al revés, en la mayor parte de ellos ya no se discuten las reivindicaciones

que plantean los trabajadores sino las aspiraciones de la empresa. La patronal cuestiona los derechos vigentes de los trabajadores, económicos o sociales, y los representantes de los trabajadores tratan de minorar este cuestionamiento pero, salvo escasas y honrosas excepciones, no plantean batalla alguna por nuevos derechos o conquistas sociales.

No pocas veces, esta reducción de derechos sociales y económicos se lleva a cabo de manera sutil y especialmente perversa; en muchos convenios de empresa se pacta mantener determinados derechos y retribuciones para los que ya están y reducirlos para los que entren nuevos; de este modo el empresario se asegura un amor-



2. Datos de la Encuesta Financiera de las Familias del Banco de España para el año 2002.

tiguador de conflictos, cómplice, entre los trabajadores, que además es quien va a ocupar, en la mayor parte de los casos, la representación sindical.

Cobrar de las empresas por negociar despidos o peores condiciones para los trabajadores, que es tanto como participar de la explotación del trabajo asalariado, es una de las más graves perversiones en la que está sumido el sindicalismo homologado. Práctica que antes se ocultaba y que ahora, cada vez más, se airea para que se vaya asumiendo como algo «normal».

En un terreno ya no estrictamente laboral —si es que puede hacerse en rigor esa distinción— hay unas consecuencias sociales de la crisis especialmente graves que quiero destacar.

- La especulación inmobiliaria ha convertido el derecho a la vivienda en una falacia. Cada vez es más difícil el acceso a una vivienda para una buena parte de la población, prueba elocuente es la cantidad de parejas jóvenes, muchas de ellas con hijos, que han tenido que acoplarse en casa de los padres por no poder pagar la hipoteca; y no menos significativa es la cantidad de personas que han tenido que renunciar a una vivienda de protección oficial por no poder pagarla. En breve vamos a asistir a una renovada chabolización de la vivienda, quizá al estilo americano pues ya se están ofertando «casas móviles» de 6.000 a 20.000 euros. Y todo ello con un millón de viviendas vacías, a la espera de mejores tiempos para especular con ellas.
- La privatización creciente de lo público para ampliar el área de negocios privados, aunque sea a costa de deteriorar las condiciones sociales del conjunto de la población, consecuencia inevitable de lanzar a la selva del mercado servicios públicos como la sanidad, la

---

**«La especulación inmobiliaria ha convertido el derecho a la vivienda en una falacia. Cada vez es más difícil el acceso a una vivienda para una buena parte de la población, prueba elocuente es la cantidad de parejas jóvenes, muchas de ellas con hijos, que han tenido que acoplarse en casa de los padres por no poder pagar la hipoteca».**

---

energía, el transporte o las comunicaciones. Esta medida se complementa con la introducción de criterios de gestión capitalista en los servicios públicos que permanecen en manos de las administraciones, primando la rentabilidad económica sobre el beneficio social.

- Las ayudas sociales se dilatan en el tiempo y los presupuestos en materia social se reducen. Muchos ayuntamientos carecen de infraestructuras sociales, aunque no por ello renuncian a sus obras faraónicas y a sus gastos suntuarios o a sus salarios de ricos. Los servicios sociales municipales o autonómicos tardan meses en tramitar ayudas urgentes. Los fondos públicos para ayudas básicas han sido los mismos para 2009 que para 2007. De algún sitio ha de salir la atención a los bancos, clientes preferentes del Estado; porque son éstos los que conceden créditos que luego condonan a los partidos. La corrupción institucionalizada campa a sus anchas, mucho más allá de los casos que se airean en los medios.
  - Al contrario que en el cuento de los altramuces, hay cada vez más pobres que al mirar atrás ven la cara de su enemigo y no a otro más pobre, digno de compasión. Las autoridades, en el gobierno y en la oposición, juntas y al alimón, no son ajenas a esta situación, son ellas las que promueven, con su política migratoria y sus declaraciones patriotas, el odio al emigrante. Enfrentar pobres contra pobres parece ser la siniestra táctica para evitar que los pobres se enfrenten unidos a los ricos, a los expoliadores. Primero explotamos a los emigrantes y, cuando ya no nos sirven, los expulsamos; ¿hay política más inmoral que ir a la caza del emigrante y establecer cupos policiales de detención de emigrantes?
- Otra grave consecuencia de la crisis es el efecto contra ecológico. El desequilibrio ecológico es conse-

cuencia del desequilibrio social, lo que unos consumen es a costa de los recursos de todos. La crisis financiera es el estallido de una pompa de jabón (dentro no había nada, era un puro bluf), pero la crisis ecológica plantea algo mucho más dramático: la imposibilidad de subsistencia por el camino que vamos.

Pues si parecía que la conciencia mundial y la presión social consecuente con ella estaban produciendo cambios de actitud en los gobiernos a este respecto, la crisis vuelve a esgrimirse como excusa para dar marcha atrás en los compromisos medioambientales. En esta línea de conducta se inscriben el frenazo al desmantelamiento de las centrales nucleares, o el apoyo a la industria automovilística y de la construcción, principales agentes contaminantes; siempre con la excusa, falaz, de mantener empleos. De nuevo prevalecen los intereses, ciegos e irracionales, del poder económico.

La crisis, como dije al comenzar, viene de lejos y es cosa propia del capitalismo o, si se prefiere, de poner en cabecera de la vida social la ambición humana sin límites. La crisis de ahora, como las de siempre, viene bien como excusa anti ecologista, antisocial, para recortar salarios y prestaciones sociales, para reducir los derechos laborales, sobre todo para abaratar el despido, para facilitar las reestructuraciones y despidos colectivos, para emplear sin contrato, para aumentar la economía sumergida (que es puro trabajo esclavo). Pero sobre todo para aumentar el margen de beneficio empresarial, agrandar las diferencias de renta y, sobre todo, de patrimonio. Si desde la crisis anterior (1992-93) pasamos del paro a la precariedad. De ésta, con más paro, cabe esperar más precariedad. Si algo no lo remedia.

Pero todo esto, que es una injusticia flagrante, ¿cómo se puede mantener? o, dicho al revés, ¿por qué no hay una contundente y consecuente reacción social frente a tanta injusticia?. Ya quisiera yo tener respuesta a esta pregunta... se me ocurren algunos factores a tener en cuenta:

- La situación laboral a que ya me he referido antes, que incapacita e inmoviliza.

- No hay organizaciones que agrupen a los más desfavorecidos, a los parias de cada lugar. Los sindicatos, que lo fueron en otro tiempo, ya no lo son. O lo son muy limitadamente.
- La manipulación informativa, que por una parte atemoriza (para inducir actitudes conservadoras, de repliegue) por otra minimiza los efectos. En realidad ya no pensamos por nosotros mismos, ni sobre la crisis ni sobre casi nada, el pensamiento nos viene dado por los medios que no son más que los altavoces del poder.
- Vivir bajo la opresión produce indefensión. «Socialismo o barbarie», decía Rosa Luxemburgo, pero lo que hemos conocido ha sido un pseudosocialismo bárbaro, tan bárbaro o más que el propio capitalismo. Y ese ha sido el modelo (soviético, chino o alban) que ha concitado la mayoría de las conciencias anticapitalistas desde la IIª Guerra Mundial. Ese autoritarismo mental ha impedido pensar por propia voluntad y ha incapacitado en gran medida para responder, con imaginación, a situaciones no previstas en el manual.
- El consumo nos consume. En un doble sentido: nos anula como personas y hace desaparecer los recursos naturales que proporcionan la vida. Estamos tan anclados en los valores del sistema que no concebimos otro posible, a pesar de lo que digan los eslóganes; todo lo llena el consumo y si se nos saca de él ya no sabemos qué hacer. O cambiamos los valores o esto no hay quien lo cambie. Las revoluciones fueron protagonizadas por aquellos que creyeron en sí mismos, por los que no sabían que la revolución era imposible... y por eso la hicieron.
- Lo llaman democracia pero no lo es. La incapacidad de los políticos de profesión para dar respuesta a la crisis más allá del tira y afloja electoralista, hueco y vacío, evidencia que son auténticos muñecos de guiñol manejados por las corporaciones financieras a su antojo. La respuesta autoritaria a la crisis no es un riesgo, es una certeza que se va instalando poco a poco en el cuerpo social. A los que mandan en el mundo no los ha elegido nadie y son ellos quienes modelan las conciencias. Cuando vengamos a darnos cuenta estaremos persiguiendo a palos a los emigrantes. □